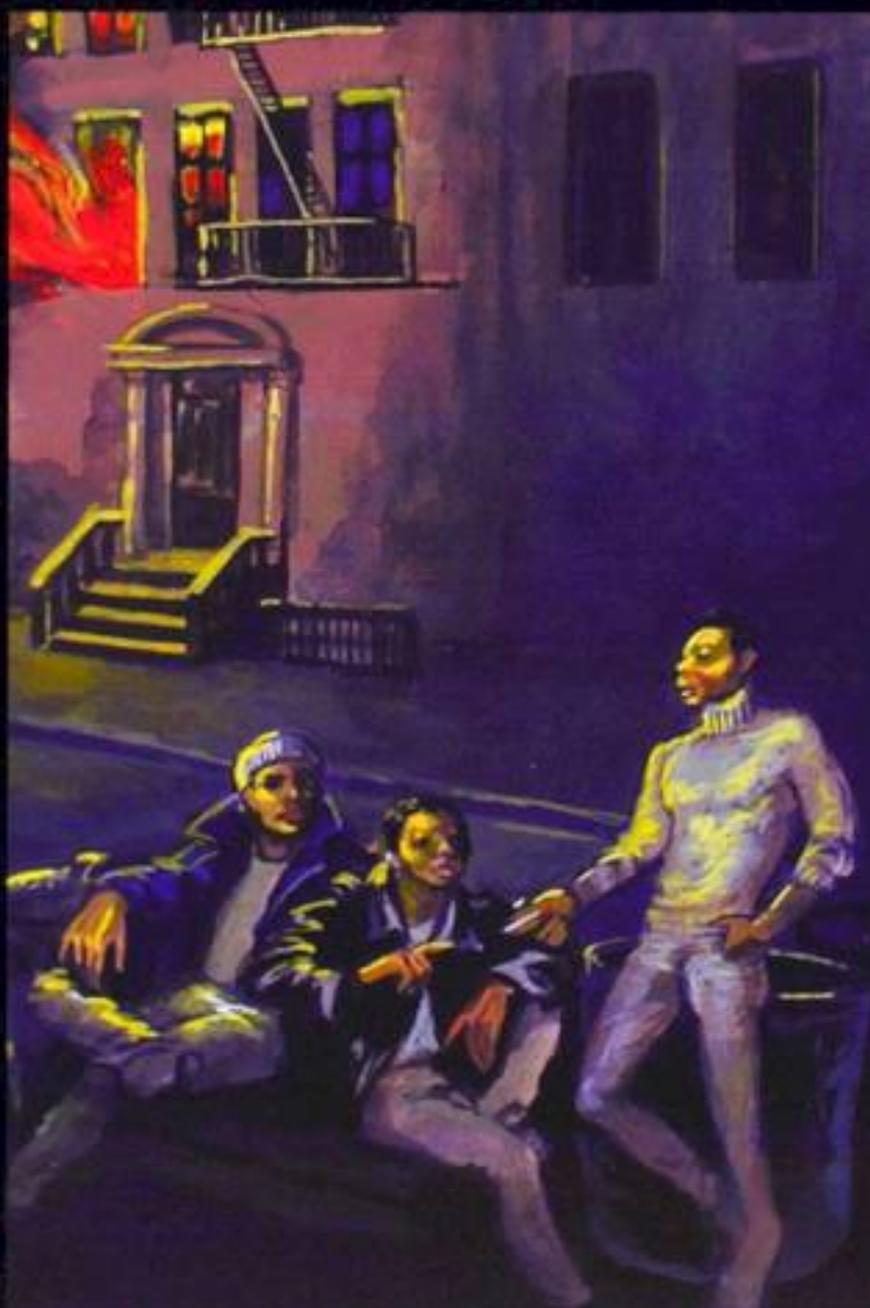


Años de indulgencia

Fernando Vallejo



¡Qué incendio! ¡Qué esplendor! Mi vocación pirómana se supera esta noche. Se prodiga en llamas que se empinan desde abajo, de la acera, tratando de subir a mí, como lenguas de fuego más largas que las del Espíritu Santo. Lenguas viles, lisonjeras, no me vengan a decir ahora que yo soy el incendiador de Nueva York porque no se lo voy a creer.

Levanten sus culos al aire, viejas del aquelarre: yo soy el Diablo. Soy y soy y soy y siempre he sido.

Sí, sí, sí, sí, soy el Diablo. Nadie puede conmigo. En mi lugar ilímite, mi vasto imperio sin medidas ni confines hago lo que se me da la gana. Mi sortilegio, mi potencia mágica, mi poder de azufre los detento. Alcaldes, gobernadores, ministros, presidentes ante mí todos se inclinan y me besan el trasero. A cambio de su sumisión reverente, de arriba abajo los cobijo con mi manto: a toda la clientela roñosa, subiendo, bajando la escalera burocrática. ¡A un lado escobas! ¡Brujas del aquelarre, arre, arre!

Por los senderos enyerbados del viejo cementerio se van mis pasos ebrios, sulfurosos. Ojos de búho y de lechuza desde los arroyos pelones miran. ¡Qué! ¿No me conocen? ¿Qué me ven? Ven mis cuernos en el claro de la luna. Ah...

Bubo bubo, búho bufo, búho bujo, búho bújaro, color rojo y negro calzado de plumas, de pico corto y ojos grandes, eres el búho real, el búho huraño, mi constante amigo, mi doliente hermano, criatura de la noche, bubónica prueba de la existencia de Dios, ¿digo mal?

—Este... Es que... No sé cómo explicarme... Es que yo ya no soy yo, ni soy la masa ni la levadura: soy el presidente Barco, un exabrupto.

—Cállate imbécil: en este cementerio no habla nadie, sólo yo, sólo se oye mi voz: ¡Uuuu! ¡Uuuu! ¿Oyes? ¿Me oyes? Soy el que digo, el que ves, soy la noche que ulula.

Tácita, impávida, la lechuza mira, escucha. Sus grandes ojos brillantes de iris amarillo me interrogan, escrutan la oscuridad: —¿Puedo hablar?

—Habla, bruja.

—Grrrrr.

Grazna, gruñe, dice y alza el vuelo y se va. Se va con su vuelo torpe y pesado, con su cola ancha y corta, con sus garras de uñas negras y sus plumas amarillas, pintas de gris y negro aquí y allá, y blanco de nieve en el pecho y vientre

y patas y cara, cara circular como hoy la luna, luna redonda con acompañamiento de vuelos y nubes desflecadas: un murciélago pasa enfrente y con su aleteo la borra.

Humildemente, fervientemente, devotamente, con devoción encorvada voy recogiendo hojas, tallos, flores, raíces: el eneldo, la manzanilla, la hierbabuena, la mejorana, yerbas buenas para la mala leche que me llevo a mi casa a mixturarlas. —¿Qué tanto haces, madre?

Infusiones: lo que ves. ¿Un té de tila, niña, para los espasmos de la barriga? Esas contracciones rabiosas, hija, niña, puta, te las provoca lo que tienes dentro, de ojos de brasa iracundos y garras negras: el hijo de Satanás. Pero sigo por lo pronto en lo que estaba: por lo pronto, en tanto llega la Santa Inquisición a ver qué dispone...

—Grrrrr.

Grazna la lechuza y su vuelo retardado va a la zaga de su graznido lógobre, lúgubre, que rasgando las desgarraduras de la noche me devuelve el eco. Un ratón llevo en el pico, en mi pico corto, corvo, ensangrentado. Llevo, traigo, porque vuelvo al arrayán sin hojas a posarme en sus desnudas ramas, brazos abiertos en cruz desde donde todo lo domino.

—Grrrrr.

Gravita en torno a mí la noche ciega. De súbito, penetrando hasta el fondo de su sueño mi llamado se despierta un monje graso, pingüe, mantecoso. Salta a encender un candil. —¿Qué fue? ¿Qué pasó?

Sacado en pelota de sus sueños lujuriosos, a chorros le corre el sudor por la cara y lo baña: a él que nunca se baña. Nada ve en su celda escueta. Afuera el invierno pelón, prisión de hielo.

¿Con qué Judas soñabas, monje equívoco? ¿Con qué manos, con qué nuca, con qué torso de mancebo? Dime a ver... Tu sinuosa, inicua lengua crapulosa, ¿a qué huecos prohibidos se metía? ¿Tras de qué sabores desconocidos andabas? Rodando por la pendiente suave, voluptuosa,

protegido en la cerrazón de tu conciencia del ojo escrutador, de la Santa Inquisición, ¿eh? Monje turbio, monje obeso no te engañes, no te duermas: tus desviaciones mundanales, tus paraísos terrenales, todo, todo con la afilada punta de mi perspicacia lo penetro. En el patio voy a alzar una hoguera.

En torno al claro helado de la luna, tinieblas compactas. Disturbándolas, agitándolas en torbellinos de sombras surge mi vuelo negro de alas anchas que todo lo abarcan. Soy yo, mi alma, un murciélago. Paso el claro de la luna y la noche me traga.

Que sea Consuelo de los Afligidos, vaya, y Reina de los Ángeles y de los Patriarcas... Pero, ¿Casa de Oro? ¿Una mujer? Y si es Casa de Oro, ¿cómo va a ser Torre de Marfil y Arca de la Alianza? ¿Todo eso junto a la vez? ¡Un fenómeno! Por eso, cuando dice en coro el convento «Turrís Eburnea», en coro responde el aquelarre:

—¡Jua, jua, jua, jua!

Y Regina Angelorum, Regina Patriarcharum, Consolatrix Afflictorum:

—Jua, jua, jua, jua. Jua, jua, jua, jua. Jua, jua, jua, jua.

Mi voz, mis voces, mis múltiples voces de acentos varios, suaves, ásperos, confusos, engañosos. Espíritu cambiante, escurridizo, inasible en mi camuflaje de sombras. Levanta la corteza del árbol y lee en silencio mi nombre: «Eliphás Levi Del». C'est moi, le diable.

He venido hasta la zona infranqueable a desenterrar al difunto. Siglos hace que se murió. Siglos en que dieron cuenta de él los gusanos: de él y sus ambiciones y sus ilusiones, y miren lo que han dejado: polvo y huesos, que voy poniendo en tierra mientras estupefacto me ves. Ves la revelación, la profanación, el tiempo vuelto polvo, polvo de muerte y olvido. E indicando con el dedo voy formando el que fui: ahí los ojos que de asombro en asombro tanto vieron; y ahí los labios, que musitaron plegarias, que se volvieron blasfemias; y ahí encerrado en la prisión del pecho mi

corazón tumultuoso; y ahí en el cráneo hueco, sinuoso laberinto de ásperas aristas donde un día resonó el mundo, como un trazo arqueológico las viejas rutas desiertas de los pensamientos, de los sentimientos. Y tus amores, ¿eh? Idos, perdidos. Virgencita azul de las flores de mayo, te voy a hacer un altar, un altar de huesos: de huesos fosforescentes que alumbren tus noches con luz propia. De ahí la causa y fin de todos mis desvelos. Virgencita del desencanto, ruega por mí.

No en la piedra monolítica que los presurosos siglos desgastarán y desaparecerán: en mi palabra hecha de viento. En mí perdurarás, Colombia. Tus ríos, tus montañas, tus volcanes, tus furias criminales... Pobre niña ciega, Colombia, paloma. Ya tus ríos se secaron, tus montañas se desmoronaron, tus volcanes se apagaron y no queda a quien matar.

Pero anoten la inefable receta: lengua de gato, ancas de rana, tripas de rata, aguijón de avispa, pinzas de cangrejo, veneno de serpiente, ponzoña de alacrán. Ajos, hiel, vinagre, azufre, y ojitos tiernos, dulces, azulitos, verdecitos de Niño Jesús. Ah, y lleva también sangre de zopilote coagulada. Se pone todo junto, el conjunto, al sereno, a marinar en la noche, y si hay luna, luna, y si no, mejor. A que lo compeñetren las tinieblas. ¿Anotaron bien monjitas, hermanitas? Gangosas voces se arrastran, latines monjiles, conventuales. Me voy. Mis negras alas de noche se sacuden las sombras removiendo el tiempo.

¡Ah! ¿Te vas? Entonces vuelvo a lo mío. Da capo, al segundo. En la gran tradición de la alta magia una bruja experta y competente jamás utiliza las hierbas insulsas que dijiste arriba, bruja incipiente, pendeja, de tu banal receta. Ni el espliego ni el tomillo ni la salvia ni la malva ni el romero ni la albahaca ni el orégano ni las hojas de laurel. ¡Eso es rastrojo, m'hija, basura! ¡Si no es primera comunión! Yo preparo el Electuario Satánico con el enantolo, el pentafilo, el beleño, la belladona, el muérdago, la mandrágora, la marigua-

na. Lleva también sus pepitas de girasol, sus ramitas de chopo, sus raicitas de eléboro, su zumo de pastinaca. Tallitos de lupino fresco (que no hay que confundir con la luparia o matalobos, el *aconitum lycoctonum*, que sirve para otra cosa), hojas de *scabiosa succusa* y bufote nina, sacada de sapos. También le pongo éter sulfúreo, cardamomo de Malabar, aloe sucotrina, sangre menstrual, murciélago pulverizado, pasta de odios y extracto de rencores. En leche de loba hirviendo o *euphorbium*, y en el orden dicho, se ponen en cocción los elementos: pero a la medianoche de un martes de fin de mes con luna llena, luna de octubre, luna de Scorpio cuando divagan más los locos. El plenilunio es esencial y si el orden no se respeta el efecto se revierte. Stevenote de Audebert, bruja ella e hija de bruja y muy competente también, también le pone dique estramonio y cólquico, pero para mí son sutilezas.

En cuanto al pentafilo, príncipe de la farmacopea diabólica, es el mismo de la pomada levitante que lleva: manteca de niño hervida en agua sulfurosa, extracto de opio, *solanum somniferum*, raíz de eléboro, flores de cáñamo, flores de adormidera, mirra, un falo. El único problema de estas recetas es que hay que saber botánica y del calendario lunar, y pedirle esto a las brujas de ahora es pensar en lo excusado. ¿No sé de una que confunde la *clematis vitalba* o uña del diablo con la hierba de San Juan? La hierba de San Juan, m'hijita, es el *hypericum* o expulsadiablos, que como su nombre lo indica sirve para exorcismos, no para lo contrario que es lo que quieres, para convocar a Satanás. Para que tu Señor te visite y te deje de regalo su simiente te unta con la *clematis* y trazas con carbón un círculo y en el círculo un cuadrado y en el cuadrado un triángulo y te metes dentro, y hablando en pluralidad ficticia, como obispo, lo invocas así: «¡Oh Lucifer resplandeciente, oh gran Lucífugo, deja tu morada y ven a hablarnos! Con esperanza y firmeza te evocamos, y con plena aceptación y pleno conocimiento y perfecta ciencia y conciencia renunciamos a la propia fe y

te ofrecemos el alma». Luego, cuando se te aparezca, le pides lo que quieras: satisfacciones secretas, placeres sin cuento, bebidas incendiantes, desafortunadas comilonas, manjares, postres, desenfrenos, coñac, té o café.

Untada una, en fin, con la pomada levitante una vuela mejor, sin necesidad de escoba o palo de horca. Entonces, con las greñas revueltas, ondeando, en pelota, me remonto a la región. Strega soy, Striga, que vuelo en el aire y destrippo niños e impulsada por fuerzas ignotas, sin reflejarme en espejo, jamás seguida de mi sombra, voy por el vasto mundo en busca de acción. Una tetilla accesoria llevo bajo la axila derecha, que me sirve para amamantar a mis familias, criaturas tales como ratas, ranas, sapos, zarigüeyas, y en víbora, rana o sapo me transmuto cuando quiero, o en una liebre o en una gallina negra, y de noche me les meto al templo y les pongo un huevo. Del huevo, cuando lo rompen, sacan varios metros de cuerda y pelos. Vuelta a mi humana forma de vieja arrugada y huesuda rompo en carcajadas burlonas que destiemplan los dientes, rompen los tímpanos, rajan vitrales y cristales. Un charco de orines les dejo en el presbiterio, y por el vitral roto me voy.

Hereja soy, ay sí, y apóstata y experta en la evocación de demonios, y diaboli in amorem, vivo en la molicie y depravación de mis fornicaciones. Madre de una zarigüeya que me nació de mi comercio con el Diablo, chupo niños de teta al amanecer. Y les saco, si se me antoja, los ojos tiernos, ¡soy muy capaza! Pongo cruces patas arriba, comulgo en pecado mortal, enciendo cirios negros, fumo cabos de tabaco viejo, mis iniquidades no tienen cuento. Pero lo que más me gusta de este ir y venir por las encrucijadas del mundo es quebrar la taza y salir impune, estas fechorías mías sin castigo que me hacen convulsionar de risa. Contra mí no valen amuletos, talismanes, pentáculos: los hago yo. E infusiones, pociones, cataplasmas, emplastos. Polvos, elixires, bebedizos. Pastas conjuratorias, brebajes para maleficios, extractos de venenos, ungüentos. De los Lopitos, Al-

fonsitos, Marianitos, Turbayitos, Lleritas, Pastranitas, Barquitos saco un concentrado de presidente de Colombia o manteca degradante, que arruina lo que está bien y disuelve la materia. Hierbas recojo para encantar, modelo efigies para dañar, destilo filtros para enamorar. Domino el arte sutil del vaciado interior, y volando en persona o en cuerpo astral, en la rabiosa noche del aquelarre desciendo en el Llano de las Brujas o en el Valle del Cabrón. Está mi señor don Belcebú marcando adeptos: bajo la axila izquierda, donde lo tengo yo, con su colmillo de jabalí les va imprimiendo su signo secreto indeleble, el Sigillum Diaboli, la marca de Satanás: su estigma, mi estigma, el estigma de su secta. En este llano, en este valle, en esta noche de Walpurgis con complacencia veo a mi viejo conocido el padre Misael Pastrana, exorcista que pasó a poseso, y a monseñor Builes, obispo renegado de Santa Rosa de Osos. Y entre cruces invertidas, custodias al revés, coyotes insepultos, velas negras, hostias negras, veo también al «dotor» Darío Arizmendi, gobernador de Antioquia, del Opus Dei, y hue-lo, siento, percibo la presencia bituminosa de un demonio menor, Salinas de Gortari: calvo, escuálido, mustio, las intenciones torcidas, las cejas erizadas, los bigotes hirsutos, torpe de lengua, torvo, macilento, producto de un ícubo macho en un súcubo hembra una noche sabatina, de Sabbat, y en quien se superan, y con creces, el incubato y el sucubato... Veo también a Cosme de Torriente y Canevaro de Simancas, hijo de Balbina y Lucifer, y a la demonia Belianisa y a la monja obsesa Ludovica, a quien exorcizó el abate Torre Tagle de la diócesis de Brescia, cuyo cerebro no resistió bien estas prácticas (así sucede) por lo cual también helo aquí, y al padre Jaramillo, amén de otros sátiros ensoñados de la Curia. ¿Pero qué hacemos nosotras en este aquelarre tan importante con misa negra y todo, nosotras pobres brujas herbolarias que vamos por las espesuras retamosas recogiendo yerbas, humildes laboradoras del campo

entre tantas personalidades? Pues aquí nos tienen alternando, departiendo, de tú a tú, así pasa.

Y otro que no podía faltar es el padre Slovez, esbirro de la secta de Juan Bosco. Con ojos de falsía atroz y furia apostólica se entrega a sus manejos ilícitos, salesianos, a sus manipulaciones solitarias de cura célibe en tanto el canónigo Dusat, en asocio del abate Schiaparelli y el sacerdote Tiberino (el que cohabita con la demonia Belianisa), con estofas abaciales, estolas y sobrepellices, brocados y baldaquines, dalmáticas y capas pluviales (de terciopelo carmesí con diablos tricornios tejidos atrás en hilillos de oro) y toda la pompa litúrgica cocelebran, sobre la grupa de Madame de Montpellier como altar y teniendo por misal el Libro Negro, su oficio divino, su misa negra de tres curas, su misa de la esperma. El uno bendice con un falo, el otro con un arthame y el otro, con orines de cualquier bestia inmunda, su vino eucarístico, y pastel de milhojas o mil hostias en pasta excrementicia, realiza el alto misterio de la Transustanciación:

—Tomad y bebed que ésta es mi sangre, tomad y comed que éste es mi cuerpo: Hoc est enim corpus meum...

Doce apostolinos eunucos les sirven de Schola Cantorum, y gangoso, profundo, fantasmagórico resuena el órgano: les acompaña la Cantata de Damián de las tinieblas infernales.

Veo también, en sus transportes, al abate Thorez y al canónigo Bergius y a otros necrómanos y saqueadores de iglesias y violadores de tumbas y cosas santas, rosacruces, masones, contumaces, relapsos.

—¡Lucifer al este, Belial al norte, Leviatán al oeste, Satán al sur, benedictus, benedictus! —dicen y nos bendicen con el símbolo fálico.

Triángulo en círculo, círculo en cuadrado y en el centro el tetragrámaton, Argemira peluda, Deyanira puta, más puta que gata de tejado, su sexo nido de sierpes que entran y salen. Y Hermelina, la antipapisa, en sus devaneos la piojo-

sa, la pustulosa, la coquetona, la desdentada, la excoriada, con las greñas al aire y las tetas caídas desgarrándose sus harapos, la bata de estameña negra ya de por sí en jirones, y quedando tan sólo vestida la vieja impúdica de unos calzones cardenalicios que no sé de dónde madres sacó. Y con mi señor don Belcebú están Alcuino, Calcabrino, Cañazo, Dragonazo, Ciriato, Libicoco, Rubicente, Barbarrecia, Graficán y Farfarel, su escolta, sus vicarios: beben como energúmenos de un gran cáliz galicado rebosando orines. Aquí, en este valle de Guipúzcoa, catedral del vicio donde la continencia es pecado, violamos como pueden ver las leyes naturales y el idioma, y pecando y galicando por partida doble, por la vía lícita y per angostam viam nos emprendamos doblemente con dos hijos cada una de Satán. Ítem más: violamos hasta la fuerza de gravedad y levitamos. Así, patas arriba, en el aire, dueño mío, Belcebú, príncipe de las tinieblas, señor de las moscas, llévame en tu turbión, en llama viva, arpón y garfio. Elif, principio de todos los alfabetos, rey de los encontrados vientos, llévate a esta pobre vieja calva y zarrapastrosa a tus negros confines, a tu ciudad doliente, a tu mansión de duelo. Llévame en tus borrascas.

Y luego son convulsiones, comezones, picazones, contracciones, trances, vértigos, escalofríos, espasmos, resoluciones musculares, descargas epilépticas, chillidos, patatucos, berrinches, delirios, estremecimientos, vesanias, llanto, histerias, carcajadas, letargias y lo que el análisis del cerebro de una loca revela. ¡Ay, ay, cómo se pasa la vida, cómo se acaba la noche, en qué vacío queda mi interior desmantelado tras la fiesta! Y si les dijera lo que sé... ¿No sé pues de religiosas cabalgadas por incubos sin interrupción ni tregua durante dos y tres y cuatro y cinco días seguidos? Con tus negras fauces de hiena, con tus colmillos de jabalí, con tus patas unguladas Luzbel mío el satanísimo, písame, tómame, estrújame.

Andaba por Envigado y Sabaneta, el año ese de la posesión de mi primo hermano Gonzalo Rendón, un santo pa-

dre Pastranita, del departamento del Huila, muy santo él y conservador según decían, quien «con licencia del obispo diocesano» recorría los municipios y veredas de Antioquia en plena guerra declarada contra el Maligno. Una tarde del mes de mayo, mes de la Virgen, como si adivinara, como si una voz ultraterrena lo llamara, hisopo en mano para aspersión con agua bendita, de sotana, alba, estola y casulla y manípulo y el Ritual Romano se presentó en Santa Anita, la finca de mi abuela, en el momento, pero justo en el momento en que Gonzalito caía en trance, en uno de esos ataques iracundos, accesos de furia cósmica que le provocaba la sola mención de la palabra cabalística «Mayiya», y le hacían revolcarse por el suelo, azotarse contra las paredes, echar espuma por la boca y perder el sentido. Con los cauces sensoriales desquiciados, los sentidos trastornados, las percepciones alteradas, la visión desdoblada y alucinaciones táctiles y auditivas y todo tipo de perturbaciones de la conciencia, en el corredor delantero (el alegre corredor de las azaleas y de las macetas de heno colgantes que allá llaman melenas, las aéreas melenas), junto a una azalea, rojo, negro, verde, convulso de la ira se debatía el pobre niño poseso echando baba por la boca y dándose cabezazos contra las duras, frías baldosas del piso. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Justo entonces llegó el padre Pastranita.

—Ay padrecito Misaelito —dice mi abuela—, ni que nos lloviera del cielo. Usté sí que nos va a hacer el milagro.

—No es cuestión de milagros, misiá Raquel —contesta el cura—. Es cuestión de procedimiento.

Y pide agua para bendecir, un vinito de consagrar, y galleticas de chocolate para ponerse en forma.

Se toma el vinito, se come las galleticas, y «a proceder». Y dirigiéndose al niño, a su interior, empieza:

—Yo, Misael Pastrana, presbítero tonsurado, con licencia del obispo diocesano para realizar exorcismos solemnes y expulsar demonios y combatir todo tipo de infestaciones locales y generales del Diablo, a ti quien seas, que estás

adentro te conmino a que digas quién eres, qué te mueve, qué quieres, por qué te has metido dentro de este niño, qué haces ahí.

Paró un momento Gonzalito su show y con sus ojitos verdes, turbios, miró con mirada de pasajera curiosidad al cura, el cual, aprovechando la pausa, la calma, le vuelve a repetir:

—¿Quién eres?

Entonces, oh prodigio, una voz grave, gruesa, cavernosa, como de tuba, de atañor, con resonancias subterráneas, ultratúmbicas le responde desde el niño:

—Deus sum.

—¡Mientes, infame! —salta y replica el cura.

—¿Ah no? ¿No me crees? —dice entonces el otro con voz de mujer, finita—. Entonces soy la concha de tu hermana, la divina concha, la Inmaculada Concepción.

Y suelta una carcajada diabólica que nos hiela la sangre y nos para los pelos de punta.

Lo que viene luego, Adela, no me lo vas a creer. Primero, volviendo a su voz ronca, infernal, rompe en un rosario de injurias, una cascada de blasfemias, y con las palabras más procaces y terribles va desgranando calumnias contra las diferentes vírgenes y mártires y santos, que Santa Úrsula lo uno, que San Lábaro lo otro, pero no creas que en inglés, francés, latín o griego que sé yo y que sabes tú: en sumerio, en asirio, en babilonio. Las imprecaciones más espantosas salidas de las alcantarillas más hondas de la tierra. Y acto seguido nos suelta una granizada de pedriscos.

—Y a vos, cura tartufo, te voy a calentar las nalgas a cin-tarazos.

Desconcertado, desencajado, estupefacto, el pobre padre Misaelito lo único que atinaba a decir era:

—Sea anatema, sea anatema.

Y de ahí no pasaba. Por fin, reaccionando, apurando de un sorbo el resto de su vinito de consagrar declara:

—Signo es de una auténtica posesión diabólica, según el Ritual Romano, el hablar lenguas extranjeras y el manifestar cosas ignoradas y lejanas. Procedamos a exorcizar.

¿Pero exorcizar a quién? ¿A Gonzalito? Si él estaba poseído por lo que decía, nosotros lo estábamos por lo que entendíamos: todo, todo lo entendíamos como si no nos lo estuviera diciendo en lenguas arcanas sino en puritísimo español, en este castellano de Castilla en que escribo yo.

Inútil fue toda la batería de adjuraciones para energúmenos y hechizados del Manuale Exorcisorum; inútiles las ex suflaciones y fumigaciones y órdenes en todos los tonos:

—¡Sal, Diablo fosco, de donde estás enquistado! ¡Abandona la morada de este pobre niño que en la pila bautismal fue consagrado a Dios, deja en paz esta alma!

Y el otro, desde el niño, con la voz ronca, rabiosa: —No salgo, no salgo.

¡Qué iba a salir! Enquistado estaba, sí, pero en los lóbulos cerebrales, en la pía madre. Y mientras más el uno le decía más el otro se poseía, se enquistaba, y Gonzalito, lívido, convulso, se azotaba contra los tiestos de las flores, las paredes, las macetas, echando, a espasmos, vómito verde en sus paroxismos: le estaban provocando, simplemente, al pequeño, un auténtico choque anafiláctico. Y cuando el cura le dijo: «Por la bula de Inocencio Octavo Summis desiderantes affectibus te ordeno que salgas», el otro, con estruendo y olor a azufre, he aquí lo que contestó:

—¡Me cago en la bula de Inocencio Octavo Summis desiderantes affectibus, y me limpio con el Acta Sanctorum y mastico la Divina Forma y me orino en el Talmud! ¡Y a horcadas en el viento me voy a cabalgar una vieja putrefacta!

Un viento de locura rompió a soplar afuera sobre los naranjos y los carboneros bajando de lo alto de las palmas, y a desmelenar las melenas y a desflorar las azaleas barriendo de un lado al otro el corredor imantado. Efluvios del más allá circularon pudriendo la atmósfera y el padre Pas-

tranita, apartando de sí el Libro Santo y el hisopo de la aspersion sagrada de sopetón declara:

—Comulgar. Sacarse la hostia. Dársela a un perro negro.

Y babeando se da a empelotarse, a rasgarse sus vestiduras consagradas. Corriendo el riesgo del contagio psíquico, el infortunado exorcista había acabado por sucumbir, y había incorporado en sí al Demonio, al mismo que trataba de arrojar del poseso. Y con la misma voz ronca que ya conocíamos porque era la del niño perturbado, iba enumerando sus múltiples, infinitos nombres y grados y propiedades: Abigor soy, gran duque, y Adramelech canciller y Aza-zel primer alférez. Rey soy de los ángeles caídos y príncipe de las moscas. Soy Andras lobo negro y Amón que vomita llamas. Soy Belial el disoluto y Furfur el mentiroso y Asmodeo el disipado y Lucifer el perverso y Satán el adversario, cabeza de los ángeles rebeldes e instigador del cuartelazo que se nos quedó en intentona. Soy Leonardo gran maestro del aquelarre y Moloch presidente del consejo infernal y Belcebú señor de las tinieblas, jefe de los demonios, Chairman of the Board. Demonio griego, Satán hebreo, Iblis islámico, Diablo cristiano, soy el mismo con distintos nombres como Petrogrado y Leningrado. A veces me llaman Leviatán, a veces Astarot, a veces Eurinomio. ¡Por qué no! ¡Si el Otro son tres en uno yo soy cien! Tengo la cola encendida y una víbora por cetro, grandes dientes, tres cabezas, cuerpo llagado, ictifálico, y despido insoportable olor. Consecuente conmigo mismo y teológicamente purificado, he venido a instaurar en esta tierra mi reino, y contra el evangelio del Otro a predicar mi evangelio, a abrazar al mundo con mis tinieblas cómplices inundándolo de la verdadera luz, que es oscura. Sapientísimos exégetas y doctísimos doctores atestiguan mi existencia: Agustín, Gregorio, Ambrosio, Cirilo, Basilio, Eusebio, Orígenes, Justino, Anselmo, Cipriano y Tertuliano, Crisóstomo e Ireneo. Ah, y Jerónimo y toda la caterva de la patrística a quienes de cuando en cuando, por joder, desconcierto con mis paradojas: Dios es ateo. El que